



EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 15. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 11 DE ABRIL DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO. un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



La dado la primavera con sus benéficas, aunque no muy copiosas lluvias, alguna vida á los campos y alguna esperanza á los labradores, que, en su mayor parte, contaban ya casi por perdida la cosecha del año actual. Las noticias que se reciben de las provincias son generalmente consoladoras, y aun se es-

poco mas en la vida moderna, si no hemos de ir eternamente á la zaga de los pueblos civilizados.

Habiendo circulado noticias alarmantes acerca de la salud del Papa, los mismos periódicos extranjeros que las echaron á volar las han desmentido, y segun los últimos partes no ha habido fundamento alguno para darlas.

No ha sucedido lo mismo respecto del rey Victor Manuel, el cual ha tenido efectivamente varios ataques cerebrales de gravedad.

Dicese ahora que Pio IX ha ofrecido el mando en jefe de sus tropas al general francés Dumont, y que el gobierno de Roma ha enviado ya su respuesta á Viena, negándose á aceptar ninguno de los extremos que comprende la proposicion de reforma del concordato.

El gobierno italiano, por su parte, ha pasado una nota á los de Viena y París sobre las conspiraciones borbónicas últimamente descubiertas y patentizadas por los documentos que se han hallado en poder de los agentes presos poco ha en Florencia, añadiéndose que ha enviado un buque al Japon y una nota á las potencias europeas escitándolas á fijar su atencion en la revolucion de aquel pais, la cual toma un carácter alarmante para las relaciones mercantiles con Europa.

El papel de la paz tendrá un alza, si en efecto es positivo, segun se anuncia por toda la prensa, que el conde de Bismark ha pasado una nota á los agentes diplomáticos de Prusia en el extranjero, comprendiendo los puntos siguientes: 1.º Que el príncipe Napoleon no llevaba ninguna mision política en su viaje á Berlin. 2.º Que la corte de Prusia y los altos personajes del gobierno se han conducido conforme á su rango y sincera simpatía. 3.º Que las relaciones de Francia y Prusia, llenas de cordialidad, excluyen por lo mismo toda idea que no sea completamente pacífica.

El gobierno de Viena ha declarado en el Reichstard que se halla decidido á conceder á los polacos mayor autonomía que la que poseen. Sobre esto mismo leemos en las *Hojas autógrafas* de París: «La cuestion de reconstruccion del reino de Polonia se agita de nuevo entre Viena y París, y se cambian estos dias notas sobre el particular, que pueden producir nuevas complicaciones exteriores. Parece ser que Austria quisiera despertar de su letargo á la nacionalidad polaca en provecho propio, y que en las Tullerías no se ve con

malos ojos este proyecto.» Con todo, aunque parece que no, hay alguna diferencia entre no verlo con malos ojos, y verlo con buenos. Hace medio siglo que está sucediendo lo mismo.

Sigue reinando bastante agitacion en los establecimientos mineros de Bélgica, agitacion cuya verdadera causa aun no han podido descubrir las autoridades.

Gladstone esplanó el dia 31 del mes pasado su interpelacion relativa á la abolicion de la iglesia anglicana en Irlanda, manifestando que estaba resuelto á combatir con todas sus fuerzas el que continúe como institucion en aquel país. La sesion fué muy borrascosa. La multitud se agrupaba en las calles próximas al Parlamento, y al reconocer á los principales miembros de la Cámara de los Comunes aplaudia. La cuestion es vital asi para Inglaterra como para la *verde Erin*, y nada tiene de extraño que escite universal interés en uno y otro pueblo.—Otro paso mas en el camino del progreso: el Parlamento inglés ha aprobado por 152 votos contra 127 la abolicion de la pena del látigo en el ejército. Esta pena no existe ya mas que en Rusia; en Rusia se comprende, en Inglaterra formaba un horrible contraste con las muchas instituciones humanitarias que la enaltecen.

Noticias de 20 de marzo, anuncian que Teodoros estaba resuelto á aceptar la batalla á que parece le convidan las tropas inglesas. Acampado en una fuerte posicion defendida por dos barrancos y con 15.000 hombres á sus órdenes, dicen que escupe por el colmillo, y que si puede se dignará tragarse á toda la especie humana.

Parece que el gobierno otomano ha notificado oficialmente á las demás potencias con quienes se halla en relaciones, que va á poner en práctica inmediatamente en sus dominios las reformas que proclaman la completa igualdad civil y política de sus súbditos cristianos y musulmanes.

En Montevideo ha ocurrido un movimiento revolucionario, á cuya cabeza figuraba el general Berro. Este fué hecho prisionero, y aun se dice que muerto inmediatamente despues de un breve sumario. El presidente de la república, general Flores, fue asesinado en su propio carruaje, y su hijo parece que se entregó á las fuerzas españolas que le facilitaron medio de dirigirse á otro país. Nuestro ilustre compatriota el general Mendez Nuñez, jefe de la escuadra española en Montevideo, recibió comunicaciones satisfactorias

del gobierno de la república por haber auxiliado eficazmente el restablecimiento del orden, evitando así los funestos desastres que eran de temer.

El gobernador civil de la isla de Cuba, don José Gutiérrez de la Vega, acaba de iniciar en la Habana la idea de erigir un monumento á las glorias literarias de Cuba y hacer una lujosa edicion de las obras que, á juicio de personas competentes, merezcan los honores de la posteridad y cuyos autores hayan muerto. El pensamiento es digno de elogio, y lo será aun mas, si como es de esperar, se procura que el libro venga á España, donde apenas son conocidos los productos del ingenio de nuestros hermanos de Ultramar.

El repentino hundimiento de parte del terreno de la mina titulada *Santa Elisa*, perteneciente á la sociedad «Fusion Carbonifera de Espiel y Belmez,» dejó sepultados bajo los escombros á 34 infelices trabajadores.

El señor alcalde corregidor de esta corte hace públicos en el *Diario Oficial de Avisos* los actos de caridad de varios tahoneros, ó por mejor decir, de muchos, pues gran parte de ellos se han conducido admirablemente en estas circunstancias tan tristes para la clase menesterosa.

Otra vez vuelve á agitarse la cuestion papelerá. Y á propósito: conviniendo con algunos de nuestros colegas, enemigos de los privilegios, en que la supresion del derecho de timbre y del franqueo en favor de los impresos constituiria uno á que desde luego renuncian, mucho celebraríamos verlos abogar tambien por la igualdad del pago de los periódicos, de las entregas y de los libros encuadernados, igualdad que no existe.

La Academia de la lengua pide que desaparezca el título de *boulevard* que se ha puesto á una calle del Barrio de Salamanca, sustituyéndolo por otro castellano. La peticion es justa, pero como dé en pedir cosas por el estilo, tiene tarea larga.

Si alguna vez se pierde Madrid, el curioso que desee conocer cuales eran sus costumbres y sus tipos en la época presente, no tiene mas que abrir las *Escenas matritenses* del Curioso Parlante, leerlas, y partiendo del punto donde este distinguido y amabilísimo escritor deja la pluma, dejarse llevar de la mano por el discreto director de *El Cascabel*, Carlos Frontaura, que se encargará de mostrarle desde la mansion del rico, hasta el último escondrijo donde se alberga la miseria. Decimos esto á propósito del libro que, con el título de *Cosas de Madrid*, ha dado recientemente á la estampa, y en el que continúa con igual sencillez y verdad la serie de retratos y de cuadros de la corte comenzada en obras anteriores, y que ofrecen á su perspicacia de observador y á su natural gracejo un manantial inagotable de asuntos.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

GEOGRAFIA Y VIAJES.

VIAJE A BABILONIA.

(CONTINUACION.)

VIII.

CTESIFONTE. — ARQUEOLOGIA. — COSROES. — LEYENDAS. — AZERMI LA VIRGEN. — LOS ÁRABES. — ANÉCDOTAS. — LA HOSPITALIDAD ORIENTAL.

Diré, para concluir, que el patriarca actual de los caldeos, residente en Bagdad desde que Babilonia y Ctesifonte han desaparecido, menciona Coche, ó como su residencia, ó como uno de sus obispados sufragáneos.

Si el arrabal que he indicado no es Coche, podria muy bien ser la gran ciudad que reemplazó á Seleucia bajo los califas y que encuentro tambien descrita en una geografía árabe del duodécimo siglo:

«Acampamos por la noche en una ciudad llamada Zariran. Esta ciudad es una de las mas bellas de la tierra, por la gentileza de su aspecto, la estension de sus atrios, la longitud de sus calles, la magnificencia de sus jardines, y por sus campos de trigo y sus plantaciones de palmeras. Tiene un bazar con el cual podrian hacerse bazares para ciudades enteras. El Tigris riega el Este de la poblacion y el Eufrates se halla al Oeste, y ella está entre los dos como una prometida. Las llanuras, las ciudades, los campos cultivados ocupan el espacio que media entre estos dos rios benditos. Hacia el Este, se ve el Iwen Kesra, y á la izquierda su iman. En cuanto á Madain, no es mas que una ruina.»

Más adelante dice que el monumento de Selman el Persa se halla á una media parasanga al Este.

Ammiano dice que entre las ruinas de Seleucia se ve un manantial abundante que vierte sus aguas en un grande estanque. Yo no he visto el estanque ni el manantial, lo que no quiere decir de una manera absoluta que no existan. El estanque habia sido reemplazado por la laguna de que hablé anteriormente.

Repasando el rio, volví á Ctesifonte, y me puse á levantar el plano, que doy reducido. Me fue absolutamente imposible hallar una muralla á esta ciudad (no hablo de la línea de parapetos próxima al Tigris, que yo considero como la muralla oriental de Seleucia). Reconoci, sin embargo, hacia el Sur los fragmentos de una muralla en línea rota, pero nada más. Por la parte de Levante ví el Bostan, de que hablaré más adelante, pero esta es una ruina de otro género.

Sin embargo, preciso es confesarlo, Ctesifonte era una ciudad fortificada. Ammiano Marcelino atribuye su fundacion al rey parto Vardano ó Varano, lo que me parece que tiene cierto sabor de leyenda como todos esos Kasr Bahran (castillos de Varano) que he visto en Persia. Varano-Bahran es uno de los tres ó cuatro grandes héroes novelescos de la Persia, y sería curioso que Ammiano hubiese conocido esta historia. Añade que Pacoro, hijo de Oródes, la embelleció. La ciudad era para los reyes partos una residencia de invierno, hallándose la de verano en Ecbatana ó en Hircania. Para los sasánidas fue una capital fija. Era grande, puesto que Severo sacó de ella 100,000 prisioneros; era fuerte, puesto que Odenat, príncipe de Palmira, saqueó la Mesopotamia, y la poblacion halló un apoyo seguro dentro de las murallas de Ctesifonte. Juliano vencedor no se atrevió á sitiaria, y se hizo matar á 20 leguas de ella hacia el Norte.

La llanura, al Sud-este y al Este del Tak y de sus inmediaciones, se halla casi absolutamente desprovista de ruinas. Despues de muchos tanteos, encontré una gran porcion de escombros enteramente al Norte, detrás de Zambil y Macro. Desgraciadamente, cuando llegué allí, tenia medido el tiempo y era imposible dedicar á aquel barrio el estudio que requeria. Tuve que limitarme á trazar algunas calles y callejuelas, y deseo en el alma que otro explorador termine este trabajo. En un principio, habia inscrito este barrio como arrabal, gracias á mi idea preconcebida de que el Tak representaba un punto bastante central en la ciudad; pero me inclino á creer que era la ciudad misma. El Tak era evidentemente un palacio; pero en ninguna parte, sobre todo en Oriente, un palacio se halla necesariamente encerrado en el barrio mas populoso de una ciudad.

Para formarse una idea de la celebridad que tenia en Oriente este palacio y que hizo del su residencia mas querida, Cosroes el Victorioso (Kesra ó Kesrou Parviz), copio algunas líneas de la Biblioteca oriental de Herbelot. No nos fijemos en las holgadas frases que llenan este pasaje; nos hallamos entre árabes y persas.

«Aquel trono era un gran palacio de prodigiosa altura, y su estension era tan vasta, que se hallaba sostenido por cuarenta mil columnas de plata, todas colocadas segun sus diversos órdenes de arquitectura. Su bóveda estaba enriquecida de mil globos de oro, que tenían todos un movimiento diferente, y representaban los planetas y las diversas constelaciones del Zodiaco. Las paredes estaban adornadas con treinta mil pabellones bordados, tendidos de distintas maneras.

»Debajo del palacio habia bóvedas separadas en que se guardaban tesoros inmensos de oro, plata, pedrerías y drogas preciosas, y uno de estos tesoros llevaba el nombre de *Badaverd* (traido por el viento) con motivo de la aventura que hizo de él poseedor á Cosroes.

»Habiendo el emperador griego hecho cargar en una flota que enviaba á Constantinopla todo lo mas precioso que tenia, el viento le fue tan contrario, que perdió el rumbo, y fue arrojado á las puertas del rey de Persia, el cual era entonces señor de toda la Siria y de una gran parte del Asia Menor.» Estas riquezas cayeron en manos de los oficiales del rey, y fueron enviadas al tesoro de Ctesifonte.

No hablaré á mis lectores del harem, que contenia tres mil esposas bien nacidas y doce mil esclavas, las mas bellas de la Persia. El señor, demasiado feliz con tantas bellezas, no supo sin duda comprender su dicha, pues no logró inspirarle un amor violento mas que una mujer que no le correspondia, la encantadora Irene (Chirin), hija del emperador Mauricio, la cual le postergó á un simple y romántico plebeyo, al joven Ferhad. Los amores de esta platónica pareja aun ahora aguzan el ingenio de los bardos ambulantes de Persia y del Irak, alternando en sus baladas con los amores de Majnoun y de Leila y con los de Bahran y la princesa de las Indias.

Hé aquí lo que es la imaginacion popular. Una bella historia de amor desgraciado obtiene de ella un recuerdo mas vivo que el paso luminoso de un Alejandro ó de un César que atraviesan el mundo. Y acaso tengan razon...

He dicho que Cosroes Parviz habitó el Tak, pero no he dicho que lo hubiese fundado. Parece que esta obra se debe al otro Cosroes, el famoso Nouschirvan, el Salomon de Persia, que era abuelo de Parviz, y llevaba el sobrenombre de *el Justo*.

Hé aquí una de las historias mas originales que se cuentan de este rey justiciero. Habia en la puerta del Tak una cuerda que comunicaba con una campana interior, y el que queria obtener inmediatamente au-

diencia del rey, no tenia que hacer mas que tirar de la cuerda, y era admitido sin demora á su presencia. Un dia un desgraciado rocin, que estaba en los huecos y lleno de mataduras, fue á rascarse contra la pared del palacio, y quiso la casualidad que tocara la cuerda y empezase la campana á repicar. Salí el chambelan que estaba de servicio, y al ver lo que pasaba, dió cuenta de ello al rey, y manifestó su parecer de que el asno recibiese una buena paliza. Cosroes reflexionó, salió al rocin, y conmovido por su deplorable estado, mandó á buscar á su amo, le impuso un severo castigo, y dió las órdenes mas enérgicas para que en lo sucesivo se tratase en el palacio con consideración á todos los animales. Y aun en la actualidad, dice el historiador de Cosroes, se conserva esta costumbre.

Aprovecho la ocasion que se me presenta de rectificar un hecho que repiten todos los libros de geografía. Siguiendo el ejemplo de Herbelot, todo el mundo traduce Madain (nombre de Seleucia-Ctesifonte bajo los califas), por «las dos ciudades,» representando en *ain* y *im* el duelo en árabe. Imbuído de esta idea, y probablemente puesto de mal humor por el cansancio y por los 40° de calor á la sombra, llamé á parte al *signor* Michel, ya nombrado, y le reconvine con aspereza por haberme inducido á error y saber menos árabe que yo. Si Michel hubiese sido menos respetuoso, hubiera podido decirme: «¿Teneis acaso la pretension de enseñarme mi lengua materna?» En lugar de eso, se tomó la molestia de probarme con la mayor urbanidad que *Madain* es un simple plural de *Medina*, y que el duelo deberia ser *Medinetain*.

Reconoci con franqueza mi falta de razon, y no me sentí enteramente humillado, porque me habia engañado en compañía de Herbelot.

No es sólo el tiempo quien ha puesto el Tak en el mal estado en que se encuentra; es el vandalismo de un califa célebre. Abou-Djafar-al-Mansour (el Victorioso), que fundó á Pagdad, creyó cosa muy sencilla demoler el palacio de Cosroes para convertirlo en una cantera de materiales. Pero la mole de aquel palacio era tan imponente, que el visir disuadió á su señor de emprender una demolicion que, decia él, no podia recabarse sino por milagro, y estaba por tanto reservada únicamente al profeta. «Si vos la emprendeis y no salis airoso de vuestro empeño, dijo el califa, sereis la irrision de todo el mundo, por no haber podido realizar una magnífica obra sino destruyéndola otra tambien magnífica.» El príncipe se obstinó, llamó numerosos operarios, y no consiguió mas que demorar la imponente construccion; quiso entonces reedificarla, y fue la burla de las gentes de buen gusto, y sobre todo de un poeta persa que hizo estos versos:

«Admirad el privilegio y la recompensa de las grandes obras:—El tiempo, que todo lo devora, no ha podido triunfar del arco de Cosroes.»

Ya sé que colocando la antigua ciudad al Norte del Tak-Kesra, mi opinion es distinta de la de M. Oppert, el cual indica, algo al Sur del Tak, una línea de *tumuli* cerrando la península que forma allí la enorme curva del Tigris, y piensa que Ctesifonte ha llenado aquella península. La afirmacion es muy aventurada, y yo creo que el sabio cuneiformista no ha visto la mayor parte de aquellos terrenos sino de lejos, como lo demuestran los términos con que describe el Bostan, de que voy á ocuparme:

«Al Este del Tak Kesra, pero á cosa de una legua de allí, se ven los restos de una muralla cuadrada por los tres lados al Este, al Norte y al Oeste. La parte Sur, si existiese, sería paralela al Tigris. Estas ruinas no me parecen de la época sasánida y podrian tener un origen babilónico. Fueron, en mi concepto, la ciudadela de Ctesifonte, que se componia de la ciudad real, de la ciudad propiamente dicha y de la fortaleza. Aquella ciudadela habia sido la parte mas antigua de la ciudad.»

En mi plano se pueden ver los errores materiales contenidos en el pasaje citado. En cuanto á lo que dice M. Oppert que las ruinas de Bostan le parecen mas antiguas que la época sasánida, no sé en qué funda su opinion, pues han perdido de tal modo todo carácter esencial, que lo mismo que á cualquier otra época pueden pertenecer á la de los califas. Lo que probaria algo en favor de la antigüedad del lugar, sería la circunstancia (de que no estoy seguro) de haberse hallado en aquel punto el precioso agujero de *Michaux*, piedra cubierta de una larga inscripcion cuneiforme, que es una de las curiosidades del Museo del Louvre.

En la llanura, á medio tiro de escopeta del Tak, un campo árabe levanta sus sombrías tiendas. Los beduinos cubren todo el llano hasta el pie de las montañas próximas á la frontera persa. Se ven frecuentemente en Bagdad muchos de esos nómadas escualidos que venden la lana de sus ganados ú otros productos, tales como pieles de pantera; pero, en general, evitan los grandes centros de poblacion y aguardan en el fondo del desierto que se vaya á tratar con ellos.

Uno de mis compañeros de viaje, M. Wartmann, empleado de la casa Weber, ya nombrada, iba con frecuencia al interior, hasta Bedraya, y cerca de Meddeli, para comprar al por mayor las lanas procedentes

del esquilero anual. Se hallaba con los jeques en las mejores relaciones, y pasaba sin desconfianza en las tiendas quince y hasta veinte días, solo y sin armas. Me propuso hacer con él la escursión que debía emprender dentro de ocho días; pero yo no podía disponer de mí mismo, y con harto sentimiento mío, tuve que negarme á acompañarle.

(Se continuará.)

M. GUILLERMO LEJEAN.

CEREMONIAS RELIGIOSAS.

EL DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCION EN ROMA.

Un año há que, en mi carácter de colaborador de El Museo, me propuse escribir un artículo conmemorativo de las ceremonias que se celebran durante la Semana Santa en Roma; propósito que, por efecto de la premura, desempeñé lo mejor que pude, si bien he de concretarme únicamente al ceremonial del Viernes Santo. Hoy, consecuente con mi propósito, no puedo menos de reproducir también las impresiones que en sentido inverso me sugirió el asunto que sirve de epígrafe á estas líneas.

I.

Todavía no se había borrado de mi imaginación la tristeza del fúnebre ceremonial del Viernes, mi pecho parecía comprimido aun por el peso de la angustia que me poseyera... tan al vivo habla al alma el dramático argumento tan artísticamente interpretado, con tal solemnidad conmemorado y para cuya descripción no ha inventado conceptos el lenguaje.

Había visto el Sábado Santo en la capilla Sixtina los oficios matutinos, y sobre todo el bautismo de los hebreos convertidos en San Juan de Letran, ceremonia que me enterneció y me hizo verter lágrimas de júbilo, como las vertían también aquellas felices criaturas vestidas de blancas túnicas flotantes, con cíngulos de seda y oro y coronadas de laurel y rosa: parecíame oír todavía aquel tropel de niños que con el mismo entusiasmo, aunque con mas orden que los de nuestros pueblos, recorrían las calles de Roma, atornillando con sus matracas, sus castañuelas, sus martillos y cigarras, precipitándose en masas bulliciosas, frenéticas á los pies de los caballos de los *vetturini*, á las puertas de las tiendas *dei macaroni*, de las iglesias y de los conventos, bajo las carrozas blasonadas de la prelatura, de las damas y de los señores de la alta nobleza y delante de las lógias ó balcones de las calles que componen la *Strada papal*, para arrebatar á porfía las nubes de estampas, de aleluyas, de confituras sueltas y en cucuruchos y de grupos alegóricos, entre el estrépito del tiroteo y del vuelo de las campanas que tocaban á gloria, y que cesaron luego con todos los demás ruidos para caer de nuevo la ciudad en esa especie de marasmo que un esfuerzo artificial parecía haber tratado de desterrar por un momento en vano, porque la hora del regocijo aun no había sonado, por mas que una ceremonia de rúbrica haya adelantado la de la Resurrección. El silencio, la soledad y el luto del día anterior se reprodujeron, y Roma entera, aun á pesar suyo, fue paulatinamente asociándose de nuevo al duelo que reflejaba la fisonomía de sus moradores, la extinción de sus mil ruidos y la inacción absoluta de sus talleres.

II.

El cañon del castillo de San Angelo anunció la aurora del domingo y dió la primera señal de regocijo, á la cual respondieron como un golpe mágico todas las campanas de la ciudad, á doble vuelo.

El cielo puro, con algun ligero arrebol, parecía sonreír también, y sonreía el ambiente refrigerado por las auras matutinas y poetizado por el gran cuadro de la naturaleza tan primorosamente desarrollado en aquella hora, en aquellas circunstancias y en aquel sitio.

La población entera con sus setenta mil extranjeros, atraídos unos por curiosidad y por devoción otros, empezaba á invadir las calles y plazas trasportada de gozo, y por decirlo así, de un embriagador delirio que se retrataba en todos los semblantes, animados por el entusiasmo y por la fe, que ejercían visiblemente un poderoso contagio.

Pero abandonemos este punto y marchemos á San Pedro sin perder momento, porque la multitud engreusa y se precipita instintivamente hácia la gran plaza, ocupando el vasto pórtico, los resaltes y sitios preferentes y agitándose en mil rumores, como un enjambre numerosísimo tenazmente estimulado.

Y sin embargo, todavía en el crepúsculo con sus rosadas tintas y su ambiente nacarado y leve, todavía en el pabellon purpúreo de la aurora, y allá en el fondo azul del cielo brilla alguna que otra estrella fugitiva, con un esplendor pálido.

Contemplé por un momento con éxtasis aquel cuadro de armonía, en medio del cual el poder creador de la fantasía gozaba en la plenitud de su arroba-

miento, y entré en la gran basílica, empujado por un impulso irresistible.

¡Qué aspecto tan grandioso! ¡qué pompa tan suntuosa!

Los mas ricos ornamentos, los mas preciosos vasos y paramentos místicos, candelabros, cruces, palanganas, cálices, incensarios, etc., de plata y oro, brocados, seda y pedrería, todo lucía por do quier en los altares, en las capillas, en los ternos y en las colgaduras, junto al sòlio pontificio, bajo un soberbio dosel de tisú, en los bancos del Sacro Colegio y en todo el resto de la basílica hecha un ascua de luz en medio de nubes de incienso, todo lo cual daba á aquel soberano recinto un golpe de vista fantástico.

Las avenidas del pórtico y de la gran nave hasta la Confesion de San Pedro, estaban ocupadas por los regimientos pontificios, mientras que la guardia suiza, la noble y el Estado Mayor de las tropas romanas, vestidos todos de gran gala, desplegábase en rededor del Pontífice, el cual fue recibido en el mismo pórtico por el cabildo del Vaticano presidido por el cardenal Arcipreste.

Las tropas desfilaron por delante de la estatua de Constantino, y los tambores batieron marcha, las campanas se echaron á vuelo y los clarines de la Guardia noble se asociaron al ruidoso concierto.

Cuando Su Santidad franqueó los umbrales del templo, los coros de la Capilla entonaron la antífona *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*, y el auditorio no pudo menos de experimentar un efecto indescriptible, sobre todo, cuando conducido sobre la *Sedia gestatoria*, su venerable figura avanza, columpiándose en el aire sobre aquel mar de cabezas humanas, como un sér sobrenatural, como un semidios, *major homini, minor Deo*, hácia el altar de la Confesion, en cuyo punto desciende de las andas y ora un momento, antes de ocupar su asiento en el trono de Tercia, donde recibe el homenaje del Sacro Colegio.

La misa empezó entonces cantada por el Papa y oficiada á plena orquesta, con la cual alternaban los órganos de la basílica, y despues tuvo lugar desde el balcon de la Verónica la esposición de las tres reliquias llamadas *Mayores*: la Verdadera Cruz, la Faz del Salvador y la Lanza, durante cuyo acto, verdaderamente solemne y conmovedor, se prosterna la multitud y las adora en medio de un silencioso recogimiento.

III.

Faltábame todavía experimentar otra sorpresa, la mas grande tal vez de todas las que experimentara hasta entonces. Iba á asistir á la bendición papal, á ese acto imponente, que es uno de los acontecimientos mas grandes que imaginarse puede.

La plaza de San Pedro presentaba un golpe de vista superior á toda ponderación. Figuras mil quinientos ó dos mil coches de un lujo régio, blasonados, ordenados en fila preferente, con sus magníficos caballos de gran gala y su correspondiente sérvidumbre de lacayos, cocheros, etc., ocupados por cardenales, príncipes, embajadores, prelados, damas é individuos de la alta aristocracia romana y estranjera, mientras que en el centro de la gran plaza y junto al obelisco, se desplegaban tropas de infantería y caballería, dragones pontificios, y zuavos con su pintoresco uniforme, formando cuadro, en medio del cual las músicas de los respectivos cuerpos tocaban aires escogidos. Por último, el resto de la plaza hasta las puertas mismas de San Pedro veíase obstruido por una multitud tan numerosa, que hubo quien, sin exagerar la cifra, calculó en cien mil espectadores, todos entusiasmados, anhelantes, poseídos como yo lo estaba de un no sé qué de grandioso que nos traslimitaba de nuestro sér mezquino, sublimando el espíritu á otras regiones y divinizándonos, por decirlo así, fuera de la esfera mortal que nos materializa y deprime.

Allí, desde el sitio preferente donde me hallaba, dice un viajero que participó de nuestras emociones mismas, mis miradas contemplaban aquella inmensa muchedumbre palpitante de entusiasmo, oía tronar el cañon de San Angelo que hacia una descarga general entonces, á la cual mezclábase el redoble de los tambores, el toque de las mil trompetas que precedían y anunciaban la aparición del Santo Padre, juntamente con el estrépito de todas las campanas de Roma.

—¡Ecco, ecco! gritan cien mil voces, y las cabezas, por un impulso maquinal y uniforme, se descubren, y el clamoreo redobla su diapason anárquico, y las campanas, las músicas y los tambores multiplican su atronador concierto dominado á determinados intervalos por los disparos de la artillería de San Angelo: era uno de esos momentos de que sólo pudiera dar una idea imperfecta la horrible confusión de una gran batalla.

—¡Ecco, ecco! grita otra vez la multitud desde todos los ángulos de la gran plaza, y por un movimiento instintivo se prosterna de frente al gran balcon de la basílica, donde aparece otra gran sorpresa que estaba yo bien lejos de esperar por mi parte en medio del alucinamiento que me poseía.

IV.

Grandioso era por demás aquel nuevo espectáculo, superior á toda ponderación bajo cierto punto de vista.

Los miembros del Sacro Colegio, en su mayoría, con mitra blanca; el episcopado de Oriente y Occidente representado por cuarenta y seis individuos; la prelatura romana con sus lujosos hábitos talares y sus mantos de gala, sus cruces y atributos; los generales de las órdenes monásticas con sus distintivos; el clero laical con sus canónigos y magistrales al frente, todo el cortejo pontificio, en fin, desplegábase en la gran lógia con toda la gravedad gerárquica de su órden y de su importancia relativa, con toda la pompa mística de sus funciones en medio de aquella ovación triunfal tan grandiosa.

Sobre aquella multitud de eminencias apareció á la vez columpiándose de nuevo en el aire, cerniéndose como un génio, una figura blanca y venerable que lo dominaba todo material y moralmente, y era á la vez el punto de atracción general de la multitud, que á su vista guardó un profundo silencio, prosternada, inmóvil, bajo la presión de una especie de encanto.

Era el Vicario de Jesucristo conducido de nuevo sobre la *Sedia gestatoria*, cubierto con la triple diadema, y el cual, haciéndose aproximar á la baranda del gran balcon recitaba una oración y leía en un riquísimo diurno de rezo que sostenía á su lado un obispo, mientras que otro alumbraba con un cirio, ambos de rodillas.

Cuando hubo terminado, el santo anciano se levantó magestuosamente, abrió los brazos elevándolos al cielo como para impetrar la bendición que iba á dar al pueblo, trazó en los aires una cruz simbólica y volvió á juntar las manos sobre su pecho, como un padre que estrecha sobre el corazón á su hijo: este hijo era Roma, era el orbe entero en aquel instante.

Confieso que esta ceremonia, cuya parte mímica era en sí tan insignificante á primera vista, produjo un indecible efecto en aquella muchedumbre que todavía permaneció arrodillada un momento, dominada por una emoción profunda, á la cual no pude menos de asociarme asombrado.

Nunca en verdad la gran figura de Pio IX me había parecido tan magestuosa y sublime: su elevada talla, sus blancos cabellos plateados como la nieve, tanto como la riquísima alba que vestía, la tranquila expresión de su semblante, franco, dulce y reposado, el sereno movimiento de sus brazos, el balanceo suave de aquella hermosa figura casi aérea, mas que humana, rodeada de aquellos accesorios.... ¡oh! confieso que no puedo imaginar espectáculo mas grande en la tierra.

Un ¡Amen! general respondió á las últimas palabras de Su Santidad que tornó á sentarse entonces.

—¡Amen! repitió la multitud varias veces con un *crecendo* rápido, y las campanas, los tambores, las trompetas y bandas militares y el cañon del castillo de San Angelo atronaron de nuevo los aires, resonando, como afirma un testigo ocular, hasta las montañas de la Sabina y del Lacio.

Mientras tanto, los dos cardenales asistentes leían en latin y en italiano las fórmulas del indulto plenario concedido á los fieles, y se distribuían luego al pueblo impresas en ambos idiomas.

—¡Aleluya, aleluya, aleluya! gritaba todo aquel gentío al disolverse apenas desapareció el pontífice con su séquito, y esta palabra multiplicada admirablemente en todas las divisas gerárquicas de la nobleza y de la prelatura, en las banderas militares y del clero, veíase por do quier reproducida en las escarpelas de los sombreros de los transtiberinos y de la clase del pueblo, en las tocas de las señoras y hasta en las muestras de las tiendas públicas.

Todo era regocijo, todo rebosaba júbilo, y el público se entregaba frenético á los mas exagerados trasportes. Repetíanse los cánticos en las iglesias, alternando con las antífonas de rúbrica, estrofas del *Exultet*, versículos del *Te-Deum* y motetes bíblicos de excelente efecto. El *Magnificat* se cantaba á plena orquesta en Santa María la Mayor por coros de infantillos, y esta armonía celeste, que tenia el inapreciable don de lo inmaterial por su melodía, hacia verter lágrimas de ternura llenando el alma de una fruición inefable y religiosa.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

LA COMENDADORA.

PRÓLOGO.

Antes que el implacable nivel revolucionario reduzca el suelo español, como ya redujo el de otras naciones, á una monótona llanura cubierta de ciudades uniformadas, con calles tiradas á cordel y casas construidas bajo un modelo prescrito por la ley de ornato público; antes de que en todas las villas y aldeas de la penín-



LA TORRE DE HÉRCULES, EN LA CORUÑA.

sula se vistan los señores y los labriegos con arreglo á un mismo figurin y dejen de hablarse los patuás, perseguidos ya oficialmente como el contrabando; ántes de que el rico y el pobre, el cortesano y el campesino canten la misma zarzuela, bailen la misma polka, vayan al mismo café, lean el mismo periódico, viajen en el

mismo tren, y tengan devoción al mismo santo ó á ninguno; antes, en fin, de que la esplanación, la alineación, la perforación y la expropiación forzosa hayan terminado su sacrílega tarea, ayudadas por la desamortización civil y eclesiástica, la abolición de los mayorazgos, la centralización administrativa y la igualdad

ante la ley, deber es de los escritores y de los artistas de nuestro tiempo apresurarse á recoger y archivar en albums, lienzos, mármoles y libros, el tesoro de monumentos, tradiciones, consejas, cantares, melodías, dialectos, costumbres, trages, creencias y preocupaciones que aun guardan entre sus escombros los anti-

ANNE y ovshov

ANA DE AUSTRIA.

AUTOGRAFOS CELEBRES.

DEL EMPERADOR CARLOS V.

guos reinos de nuestra romancesca patria, y que constituyen todo el sér, toda la vida, toda la historia de las generaciones que se sucedieron en ella durante muchos siglos.

En este mismo sentido escribimos hace años (también para EL MUSEO UNIVERSAL) un artículo titulado

Mapa poético de España, y entonces, como ahora, tuvimos mucho cuidado de advertir á nuestros lectores que, para considerar de una manera tan desventajosa los tiempos actuales, nos despojamos completamente de nuestro criterio político y filosófico (bastante encariñado con la transformación social á que asisti-

mos), y nos colocamos en un punto de vista exclusivamente poético, sentimental, melancólico, desde el que sólo sabemos llorar sobre las ruinas de lo pasado, por lo mismo que no ha de volver, sin pararnos á discernir si lo que se vá fue saludable ó pernicioso, ni si lo que viene será próspero ó adverso. ¡Es el patético suspiro que exhala el alma al ver extinguirse en Occidente el último rayo de cualquier día de nuestra vida, aunque aquel sol que se pone haya alumbrado nuestros mayores infortunios! ¡Es la cariñosa mirada que desde las áridas cumbres de la edad dirigimos á los remotos valles de nuestra juventud, por mas que en ellos no hayamos cosechado sino abrojos y malezas!

¡Es que la noble ambición del espíritu humano no se satisface jamás con la posesion de un presente fugitivo, y aspira siempre á conservar el depósito de sus memorias, como aquellas tribus errantes de la antigüedad que, cuando se trasladaban de una comarca á otra, cargaban sobre sus hombros los venerandos huesos de sus padres!

Abundando en tal propósito, vamos á referir una breve cuanto rara y significativa historia, trasunto fiel del carácter de una época que apenas pertenece á lo pasado, y que, sin embargo, ha de parecerle mañana á nuestros hijos tan remota y tan inverosímil como las fábulas mitológicas de Grecia; historia en que se ven pugnar con igual brio los dos grandes sentimientos que animaron á nuestros mayores, y que fueron como los polos en que giró toda su vida; el sentimiento religioso y el sentimiento aristocrático;—historia, en fin, tan verídica, que para contarla, tenemos que cambiar los nombres de los personajes, y alguno que otro accidente del asunto, y que, de no ser cierta en todas sus partes, ni tendria valor alguno á nuestros ojos, ni nos tomaríamos el trabajo de escribirla.—Es del tenor siguiente.

I.

Hará cosa de un siglo que una fulgente mañana de Marzo, á eso de las once, el sol (tan alegre y amoroso como lo vemos hoy que principia una nueva primavera, y como lo verán nuestros biznietos dentro de otro siglo, si para entonces no se ha acabado el mundo), entraba por los balcones de la sala principal de una casa solariega, sita en la carrera de Darro de la ciudad de Granada, bañando de esplendorosa luz y dulce calor un vasto y severo aposento, rogocijando las ascéticas pinturas de los cuadros que cubrian sus paredes, rejuveneciendo los antiguos muebles y descoloridos tapices que completaban el menaje, y haciendo las veces del ya suprimido brasero para tres personas á quienes tenemos que resucitar por un momento á fin de que las encuentren allí nuestros lectores.

Examinemos á estas tres personas.

Sentada cerca de un balcon estaba una venerable anciana cuyo noble y enérgico rostro, que habria sido bello, reflejaba una austera virtud y un orgullo desmedido. Su boca no sonreia nunca y revelaba en sus pliegues el hábito de mandar: su ya trémula cabeza sólo debia de haberse inclinado ante los altares: sus ojos parecian armados del rayo de la excomunion. A poco que se contemplara á aquella mujer, se conocia que, donde quiera que ella imperase, no tendrian mas remedio que matarla ó obedecerla. Y sin em-



HOFFMANN DE FALLERSLEBEN, CÉLEBRE POETA ALEMÁN.

bargo, su gesto no revelaba crueldad ni mala intencion, sino una estrecha severidad de principios incapaz de transigir, por nada ni por nadie.—Esta señora vestia un rico traje de damasco negro, cubriendo sus canas con una toquilla de amarillentos encages.—Sobre su falda veíase abierto un libro de oraciones; pero sus ojos habian dejado de leerlo para fijarse en un niño que jugaba y hablaba sólo, revolviéndose sobre la alfombra, en uno de los cuadrados de luz de sol que proyectaban los balcones en el suelo de la anchurosa estancia.

Tendria este niño seis ó siete años, y era muy delgado, pálido, rubio y enfermizo como los hijos de Felipe IV pintados por Velazquez. En su abultada cabeza se marcaban con vigor la red de sus cárdenas venas y unos grandes ojos azules muy protuberantes. Como todos los raquíticos, aquel muchacho revelaba una viveza intelectual extraordinaria y una irascibilidad siempre en acecho de la menor contradiccion. Vestia, como un hombrecito, medias de seda negra,

alfiler sobre los hombros, no en la forma usual entre las seglares, sino reuniendo por delante los dos picos de un mismo lado y dejando colgar verticalmente los otros dos picos por la espalda, á la manera de un paño de peinar. Quedaba, pues, descubierta la parte anterior del jubon de la religiosa, sobre cuyo lado izquierdo campeaba la cruz roja del Santo Apóstol. No llevaba el manto blanco ni la toca, y lucia por consiguiente su abundantísimo pelo, peinado todo hácia arriba y reunido atrás en aquella especie de lazo que las campesinas andaluzas llaman *castaña*. Con tan desagradecida vestimenta aquella mujer resultaba todavía hermosísima, y es que su belleza era verdaderamente prodigiosa y muy apropiada á semejante desaliño, que dejaba campea por sí solos sus encantos naturales.

La comendadora era alta, recia, esbelta y flexible, como aquella nobilísima cariátide que se admira á la entrada de las galerías de escultura del Vaticano. El ropage de lana, pegado á su cuerpo, revelaba, mas

zapato con hebilla, calzo n de raso azul, chupa de lo mismo, muy bordada de otros colores, y una casaca de terciopelo negro.

A la sazón se divertia en arrancarle las láminas á un libro de heráldica y en hacerlas menudos pedazos con sus descarnados dedos, acompañando la operacion de una charla incoherente, ágría, insoportable, cuyo espíritu dominante era decir: *mañana voy á hacer esto; hoy no voy á hacer lo otro; yo quiero tal cosa; yo no quiero lo de mas allá*: como si su objeto fuese desafiar la intolerancia y las censuras de la vieja.— Tambien infundia terror el pobre niño.

Finalmente, en un ángulo del salon (desde donde veia el cielo, las copas de algunos árboles y los rojizos torreones de la Alhambra, pero desde donde no podia ser vista sino por las aves que revoloteaban sobre el cáuce del rio Darro), estaba sentada en un siti l, inmóvil, con la mirada perdida en el infinito azul de la atmósfera y pasando lentamente con los dedos las cuentas de ámbar de un rosario, una monja, ó por mejor decir, una comendadora de Santiago, como de treinta años de edad, vestida del modo que estas señoras suelen estarlo dentro de sus celdas. Consistia entonces su traje en zapatos abotinados de cordoban negro, basquiña y jubon de anascote, negros tambien, y unpañuelo blanco de hilo, sujeto con un



BABILONIA.—RUINAS DE SISPERA, LA CIUDAD ANTIDILUVIANA.

bien que cubría, la traza clásica y el correcto primor de sus espléndidas proporciones.

Sus manos, de un blanco mate, afiladas, hoyosas, transparentes, se destacaban de un modo hechicero sobre la basquiña negra, recordando aquellas manos de mármol antiguo labradas por el cincel griego que se han encontrado en Pompeya antes ó después que las estatuas á que pertenecían.

Para completar esta soberana figura, imaginaos una cara morena esclarecida, algo descarnada, ó mas bien, perfilada por el buril del sentimiento, de forma oval como la de la Magdalena de Ticiano, y bañada de una palidez intensa, que casi amarilleaba, y que hacían mucho mas interesante, pues la despojaban de todo aspecto fúnebre, para darle un tinte de pasión, dos ojeras profundas, lívidas, llenas de misteriosas tristezas, que envolvían como en un crepúsculo melancólico los enlutados soles de sus magníficos ojos negros.

Aquellos ojos, casi siempre clavados en tierra, sólo se alzaban para mirar al cielo, como si no osaran fijarse en las cosas del mundo. Cuando los bajaba, parecía que sus luengas pestañas eran las sombras de la noche eterna cayendo sobre una vida malograda y sin objeto: cuando los alzaba, se hubiera dicho que el corazón se escapaba por ellos en una luminosa nube para ir á infundirse en el seno del Criador: pero si por casualidad se posaban en cualquiera criatura ú objeto terrestre, entonces aquellos ojos ardían, temblaban y vagaban de una parte á otra, cual si los inflamase la calentura ó fueran á inundarse de llanto. Imaginaos también una frente despejada y altiva, unas espesas cejas trazadas por un sóbrio y gracioso rasgo, una severa y artística nariz y una boca espresiva, cariñosa, incitante, y formareis idea de aquella encantadora mujer que reunía á un mismo tiempo todos los hechizos de la belleza gentil y toda la mística hermosura de las vírgenes cristianas.

II.

¿Qué familia era esta que hemos resucitado para retratarla?

La señora mayor era la antigua condesa de Santos, la cual, en su matrimonio con el sétimo conde de este título, tuvo dos hijos, que quedaron huérfanos de padre en su temprana edad. Estos dos hijos fueron un varón y una hembra. La casa de Santos había llegado á un alto grado de poderío en tiempos del suegro de la condesa, el que fundó nuevas vinculaciones con las mercedes que obtuvo de Felipe V durante la guerra de Sucesión, estableciendo que si su heredero tenía mas de un hijo (pues él sólo tuvo uno) se dividiese el caudal entre los dos mayores, á fin de que su nombre y su gloria se propagasen en dos ramas con la sangre de sus venas.—Así decía la fundación.—Ahora bien: aquella cláusula tenía que cumplirse en sus nietos, ó sea en los dos hijos de la severa anciana que ya conocen nuestros lectores; pero, creyendo esta señora que el lustre de un apellido se conservaba mejor en una sola y potente rama que en dos vástagos endeble, dispuso por sí y ante sí, á fin de conciliar sus ideas con la voluntad del fundador, que su hija renunciase á todos los bienes de la tierra, tomando el hábito de religiosa; por cuyo medio la casa entera de Santos quedaria siendo esclusivo patrimonio de su otro hijo, quien, por haber nacido primero y ser varón, constituía el orgullo y la delicia de su aristocrática madre.

Establecióse, pues, en el convento de las Comendadoras de Santiago, cuando apenas tenía ocho años de edad, la secundona del conde de Santos, llamada entonces doña Isabel, á fin de que se aclimatase desde luego en la vida monacal, que era su infalible destino, y allí creció aquella niña, sin respirar mas aire que el del claustro, ni ser consultada jamás sobre sus ideas, hasta que llegada á la estación de la vida en que todos los seres racionales trazan sobre el campo de la fantasía la senda de su porvenir, tomó el velo de esposa de Jesucristo con la fría mansedumbre de quien no imagina siquiera el derecho ni la posibilidad de intervenir en sus propias acciones. Decimos mas: como doña Isabel no podía comprender en aquel tiempo toda la significación de los votos que acababa de pronunciar (tan ignorante estaba todavía de lo que es mundo y de lo que encierra el corazón humano), y en cambio, podía discernir perfectamente (pues también ella pecaba de linajuda) las grandes ventajas que su profesion reportaria al esplendor de su nombre, resultó que se hizo monja con cierta ufania, ya que no con un declarado regocijo.

Pero corrieron los años, y Sor María de los Angeles (antes doña Isabel), que se había criado mustia y endeble, y que al tiempo de su profesion era, sino una niña, una mujer tardía ó retrasada, como las plantas que brotan en las umbrías, desplegó de pronto la lujosa naturaleza y peregrina hermosura que ya hemos admirado y cuyos hechizos no valían nada en comparación de la espléndida primavera que floreció simultáneamente en su corazón y en su alma. Desde aquel día, la jóven comendadora fué el asombro y el ídolo de la comunidad, y de cuantas personas entraban en aquel convento, cuya regla es muy lata como la de to-

dos los de su Orden. Quién comparaba á Sor María con Raquel, quién con Sara, quién con Ruth, quién con Judith.... El que afinaba el órgano, la llamaba Santa Cecilia; el despensero, Santa Paula; el sacristán, Santa Mónica; es decir, que le atribuían juntamente mucho partido con santas solteras, viudas y casadas.

Sor María registró mas de una vez la Biblia y el *Flores sanctorum* para leer la historia de aquellas heroínas, de aquellas reinas, de aquellas esposas, de aquellas madres de familia con quienes se veía comparada, de resultas de lo cual el engreimiento, la ambición, la curiosidad, el ansia de mayor vida germinaron en su imaginación con tanto ímpetu, que su director espiritual se vió precisado á decirle muy severamente que el rumbo que tomaban sus ideas y sus afectos era el mas á propósito para ir á parar en la condenación eterna.

La reacción que se operó en Sor María al escuchar estas palabras fué instantánea, absoluta, definitiva. Desde aquel día no quedó de ella mas que una altiva y varonil infanzona, infatuada de su estirpe, y una virgen del Señor, devota, mística, fervorosa hasta el éxtasis y la visión beatífica, la cual incurria en tales exageraciones de mortificación, que la superiora tenía que reprenderla muchas veces, ó en escrúpulos tan sutiles que el confesor se veía obligado á tranquilizarla, además de no tener de qué absolverla.

La infatuación nobiliaria no se confesaba en aquel tiempo.

(Se concluirá.)

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

APUNTES BIOGRAFICOS.

HOFFMANN DE FALLERSLEBEN.

La literatura alemana es menos rica en memorias históricas de individuos aislados, que las literaturas francesa é inglesa y aun que las de Italia, Suecia, Polonia y Hungría; la falta de obras de esta clase es un rasgo característico del genio alemán. Los hombres de Estado de este país rara vez han llegado á hacer una descripción histórica de su tiempo y de los sucesos en que ellos han tomado parte. La causa principal de esto es la falta de vida pública y de sentimiento nacional; por esta razón Schiller, Lessing, Herder, Uhland, Platen y tantos otros han muerto sin dejar memorias escritas y ninguno de ellos hubiera pensado jamás durante su vida, que á su muerte se habían de publicar sus cartas como ha sucedido con algunos. Si se quisiera estudiar la historia de su tiempo en las memorias de Goethe, de Justino Kerner y hasta de Heine, á quien se oprimió tan duramente, se hallaría en ellas todo menos el reflejo de la vida del pueblo que ellos llevaron. Los franceses y los ingleses, y aun las demás naciones, son de un realismo mayor; lo que ellos han presenciado les queda en la imaginación como una historia de aquel tiempo en que han tenido parte, y por lo tanto dan su propia opinión acerca de cada hecho y de cada persona, lo cual es tan interesante para quien escribe la historia como el testimonio de los testigos en una causa.

Así, pues, las memorias de Hoffmann de Fallersleben son de mucha importancia; hasta ahora no se le conocía mas que como un poeta melodioso cuyas composiciones eran muy apreciadas hasta por el pueblo mismo. Era por decirlo así el primer poeta político de su patria; á él se le debe en gran parte ese movimiento político que ha tenido lugar hace algun tiempo en Alemania y que ha sacado al país del letargo en que estaba, para darle la conciencia que hoy tiene de su existencia política. A Hoffman se le deben también numerosas ediciones de poetas antiguos alemanes, de monumentos del idioma, de restos de usos y costumbres; en este ramo ha hecho, en efecto, descubrimientos muy importantes, como el canto de Luis y otros, especialmente en las bibliotecas holandesas y austriacas. En sus memorias, de las cuales sólo se han publicado tres tomos, cuenta todo lo que ha hecho por el pueblo alemán, todo lo que ha trabajado por serle útil, todo lo que ha sufrido por él. Los tres tomos publicados comprenden el tiempo transcurrido desde el año 1798 en que nació, hasta el año 1812.

En el tiempo que Hoffmann estuvo de bibliotecario del castillo de Corbey en Breclan, visitó casi todas las ciudades de Alemania, repetidas veces el Austria, la Suiza, Francia, Bélgica y Holanda. Se comprende fácilmente que de este modo debió hacer en su vida un gran número de relaciones con los hombres mas ó menos notables de su tiempo, como por ejemplo Oken, los hermanos Grimm, el gran duque Carlos Augusto, Bruck, que ha sido después ministro de Hacienda de Austria, Hegel, Bettina, Lewalds, Uhland, Haupt, etc., etc.

Las memorias de Hoffmann de Fallersleben no son para la generalidad del público que busca novelas de sensación, porque las encontrará demasiado minuciosas y prolijas, pero para los que se interesan por el movimiento que ha tenido lugar en Alemania son de

mucha importancia, por que en ellas manifiesta una memoria poco comun al referir los datos mas insignificantes de todos los sucesos, y porque en general da una pequeña biografía de todas las personas que cita: otra de las cosas que hacen grata la lectura de estas memorias, es la opinion liberal, recta y enérgica que domina en todas ellas y que desde luego hace simpático á su autor, cuyo retrato es adjunto, y que es menos conocido en nuestra patria que su compatriota Hoffmann, el autor de los *Cuentos fantásticos* y de los *Cuentos nocturnos*.

N.

MONUMENTOS ANTIGUOS.

LA TORRE DE HÉRCULES.

Uno de los grabados que publicamos en El Museo de hoy representa la famosa Torre de Hércules, la cual en opinión de antiguos historiadores, dió nombre á la ciudad de la Coruña. Así se dijo con referencia á su fundación: «Ercules é Gerion lidiaron 3 dias que no podían vencer, é encabo venció Ercules é cortó la cabeza é mandó en aquel lugar hacer una torre muy grande, é fizo meter la cabeza de Gerion en el simientto é mandó poblar y una grand cibdad, é facie escribir los nombres de los omes é de las mujeres que venían poblar; é una que y vino, fué una mujer que avie nombre Cruña, é por eso puso nombre á la cibdad con otros cuentos de nuestra crónica general. El primero que verdaderamente hizo mencion de ella fue el geógrafo del siglo IV, Istro Aético. Padeció error el erudito Villanueva en su Ibernica fenicia, suponiendo que Strabon aludió á esta torre al hablar del oráculo de Menesteo y de la torre de Cepion, que segun aquel geógrafo estaban en la costa gaditana. También se equivocó asegurando que esta misma torre fué llamada por Mela *Turris Augusti*: las torres de Augusto estaban en la confluencia del Sar con el Ulla. El señor Cornide, en sus investigaciones sobre la fundación y fábula de esta torre, se inclina á atribuirla á Trajano, cuyo primer objeto fué facilitar la entrada á las armadas romanas en nuestros puertos, y que la dirigió y fabricó el lusitano Cayo Sevio Lupo, arquitecto de la ciudad de Chaves, como espresa la inscripción puesta por el mismo al pie de la torre.

Otros suponen que, siendo Betanzos ciudad antiquísima, llamada *Brigantium*, y careciendo de puerto, construyó el de la Coruña y el altísimo faro.

Sea de esto lo que quiera, hállese situada al extremo de la Península en que está la ciudad de la Coruña, sobre la cumbre de una pequeña montaña que cae al Norte de la población, y tiene de altura unos 82 pies de rey. La figura de su planta vista de lado, es un cuadrado de 31 pies de rey. El material de su fábrica, interior y exterior, es un compuesto de piedras pequeñas, formando con la cal una especie de mortero romano. Consta de tres suelos de bóveda que se comunican entre sí interiormente. Rodeaba en lo antiguo á la torre una ancha escalera ó rampa que, girando espiralmente por sus cuatro frentes, era sostenida, segun se puede conjeturar, por cuatro pies derechos correspondientes á sus ángulos, que recibían las rampas ó tiros por medio de unos arcos que dejaban en claro los frentes para que se pudiese comunicar la luz á los cuatro interiores por algunas ventanas y por las puertas de ingreso.

En sus primeros tiempos, debió tener en la cúpula ó plataforma, como todas las torres destinadas á servir de faros, de día una gran plancha de estaño reluciente á manera de espejo donde refractaba sus rayos el sol. Esta gran plancha se ponía de modo que fuera giratoria para que presentara sus dos caras ó faces, dando vuelta sobre un eje. La plancha era circular, y giraba con movimientos de rotación por medio de un manubrio que impulsaba un solo hombre.

De noche se encendía una hoguera ó fogata en la plataforma, y como reflejaba en la plancha de estaño que era movida por el manubrio, de allí la refracción, estinguida la luz solar, para guiar á los buques. Todo esto era maravilloso para nuestros celtigos, y de aquí que con este carácter llegara tradicionalmente hasta nuestros dias la torre de Hércules de la Coruña, ó el *Hemeroscopio Hércules* de los griegos. El monumento de que nos ocupamos ha sufrido varias reconstrucciones ó transformaciones, ya para reparar los estragos del tiempo, ya con objeto de satisfacer exigencias de otra especie. Hablando un historiador moderno sobre el particular dice: «Cuando paseéis hacia esa parte de la península que sostiene la capital de Galicia, la Coruña, y veáis esa elegante torre ó faro, acordaos de nuestros pobres celtigos de hace cuarenta siglos. Ellos, guiados por los ingleses de aquella época (los fenicios) acopiaron el material para elevar el segundo faro del mundo. Ellos, trabajando sin saber por qué ni para qué, agruparon piedra sobre piedra para levantar una torre. Ellos ¡ay! si vivieran, no conocerían su obra hoy, porque la torre de Hércules es como un *dandy* que se viste al estilo de cada época; en las piedras, en sus revestimientos, puede estudiarse la historia de la humanidad; ella ha vestido to-

dos los trages: el fenicio primitivo; el griego; el cartaginés; el romano; el gótico; el de la época del duque de Uceda y el de Carlos III, que es el que conserva. Su luz ha tenido también numerosas transformaciones.»

X.

CURIOSIDADES HISTÓRICAS.

En El Museo de hoy publicamos dos curiosos autógrafos que no dejan de ser interesantes al estudio de las antigüedades históricas. Pertenece el uno á Doña Ana de Austria, hija de Felipe III de España, mujer de Luis XIII de Francia y madre de Luis XIV, la cual murió á la edad de 63 años: este autógrafo, está sumario á la edad de 26 de Enero de 1630.—El otro autógrafo es del emperador Carlos V, y reproduce la oración del que aparece en un documento del año de 1533.

BIBLIOGRAFIA.

FUEGO Y CENIZAS.

BALADAS POR DON ERNESTO GARCÍA LADEVESE. (1).

En esta época, en que tan poco movimiento literario hay, la publicación de un nuevo libro es siempre un suceso digno de llamar la atención.—(Y cuenta que yo no llamo libro á todo lo que por libro nos dan; si así fuese, mi asercion carecería de sentido comun. Una cosa es un cuaderno, mas ó menos grande, en que un sugeto ha tenido la rara aunque general habilidad de emborronar algunas hojas sin decir nada, y otra muy diferente, es un libro).

Por eso hoy dia en que, segun es la calidad del papel y de la impresion con que se da á luz, una obra produce mejor ó peor impresion, hace mejor ó peor papel; hoy dia en que un periódico dice: «Recomendamos á nuestros lectores el lindo tomito de poesías que acaba de publicar don Fulano,» sin meterse en si las poesías son lindas ó no lo son, yo, que tengo á veces unos gustos muy extravagantes, encuentro muy superior un libro de cocina á cualquier obra poética.—Del primero, al menos, suele sacarse alguna sustancia.

Teniendo en cuenta sin duda las anteriores consideraciones, por mas que su libro no haya menester de semejantes requisitos para ser apreciado en su justo valor, el señor Ladevese ha impreso elegantemente su nueva coleccion de baladas.

De ella voy á dar una opinion, no á hacer un juicio, pues si, como otro cualquiera, tengo derecho para lo primero, carezco de autoridad para lo segundo.

No me obligarán los lazos de fraternal amistad que con el autor me unen, á hacer un exagerado elogio de su obra; antes por el contrario, diré francamente los defectos de que en mi pobre juicio adolece (sin perjuicio de señalar sus bellezas), firmemente persuadido de que poniendo algo de mi parte para que aquellos desaparezcan otra vez, cumpliré mejor con los verdaderos deberes de amigo.

Ladevese empezó á escribir á los trece años, y lo peor es que á esa edad dió ya publicidad á sus escritos.

De entonces acá ha escrito mucho, y como es natural, entre su inmensa coleccion de poesías hay de todo, bueno y malo. Muchos jóvenes creen que el público se fija mas en ellos cuando oye su nombre por todas partes; y no es así, sino que se acostumbra á oirlo y acaba por oirlo con indiferencia, como oye el ruido de una puerta.

El año pasado publicó Ladevese algunos cantares y baladas. Aquella era la obra de un niño.

Hoy ofrece al público otra que vale mucho mas que la primera.

Ladevese es poeta; sabe sentir y pensar, y esto es mucho, si no todo, de lo que requiere el difícil género á que se ha dedicado.

La balada de Goethe, ligera en la forma y profunda en el fondo, la balada sentida de Victor Hugo, la balada sublime de Schiller, han formado su gusto, y lleno de amor hácia esa composicion á la que mas se amolda su carácter, se propone continuar la empresa tan valientemente comenzada por el poeta español Vicente Barrientes.

Hechas éstas, á mi entender necesarias consideraciones, examinemos lijera y ligeramente las baladas que contiene el libro.

Al llegar la tempestad, está henchida de salvaje poesía. La rudeza de sus versos, lo enérgico de su tono,

la amargura de que está impregnada, le dan un sello de originalidad tal y un colorido tan vivo, que no puede menos de leerse con emocion é interés. Poco he visto que pueda compararse con este trozo de poesia:

Retumba el trueno al fin; del horizonte
llega la tempestad, de furia henchida,
y al par que troncha el roble allá en el monte,
riza del monstruo mar la crin tendida.
La oracion desde tierra crece y crece...
triste esposa en la orilla se lamenta...
un pescador entre la mar perece...
y sigue la tormenta...

Error mundano, encierra (bajo una forma que no es en verdad digna de él), un pensamiento delicadísimo.—*Vanitas vanitatum*, me parece sumamente trivial.—*El viento de la tarde*, (quizá la mejor versificada de todas) es muy débil.—*Glorias pasadas*, carece de color.—*Anhelo*, *La vuelta de las aves*, *Arroyo y torrente* y *Llanto del corazon*, degeneran en triviales de puro sencillas, por mas que la idea de alguna de ellas no carezca de poesia.—*Los marineros* (en mi concepto la mejor balada del libro), abarca toda la vida del hombre; del hombre que encuentra bello el mar de la existencia, que goza blandamente de sus placeres bogando con descuido hácia un precipicio que no columbran sus fascinados ojos; que de pronto mira amenazadora sobre su cabeza la nube de la tempestad, conoce su error, quiere volver atrás, ve que es imposible, y al encontrarse sin fuerzas se deja arrastrar por las olas, diciendo con desesperacion al remero que le advierte su situacion:

«¡Deja que nos lleve el mar!»

Esta sola balada podria dar reputacion á un poeta.—*Dos llantos*, no carece de dulzura y sentimiento.—*Lontananza*, tiene un pensamiento que queriendo á toda costa ser atrevido, sólo consigue ser ridículo y extravagante. La duda de «¿Si será un sueño la eternidad?» es absurda. *Vacio*, está vacía; no dice nada.—*El hoyo de la tumba*, es de mal gusto y no parece dictada por un corazon de diez y siete años para el que el mundo debe presentarse risueño y alegre, y no lúgubre y triste.—*Junto á una puerta*, es una bonita balada, aunque pudiera tildársela del mismo defecto que á la anterior.—*El baile*, puede considerarse artística y moralmente. Bajo el primer aspecto, me gusta; bajo el segundo, no puedo estar conforme con el autor que, en un movimiento de hastío, un poco prematuro á la verdad, dice:

Por un beso vuestro
yo cien os daré...
¡Venid y besadme!...
¡Para eso valeis!

Cierto es, que las mujeres sirven para besar á sus amantes, mas no lo es menos que sirven tambien para besar á sus hijos. El señor Ladevese tiene madre y debe saberlo; ella se lo habrá enseñado sin duda. Los versos siguientes de la misma balada, son dulces y espontáneamente melancólicos:

Llorar yo no puedo,
¡ríamonos, pues!...
Ayer he llorado
por última vez.

A media noche, es incomprensible y afectada.—*Polvo igual*, tiene una filosofia innegable. Lástima es que la forma sea tan descuidada.—*El madero*, es una poesia valiente, una atrevida protesta á uno de los mas grandes errores de la humanidad, que en uso de la ley de su capricho ha osado usurpar á Dios su derecho. El poeta acrimina al árbol que el hombre, nuevo Cain, ha convertido en suplicio de su hermano, y el árbol le contesta:

Triste, desdichada es
la vida que darne plugo
al hombre en su loco anhelo...
¡Pobre humanidad!... ¡Después
que en mí perezca el verdugo
caeré al suelo!

Incertidumbre, *La despedida*, *Cenizas* y *Sombras*, son lindísimas.—*Suspiros* y *La niebla* me parecen insípidas.—*A una copa en un festin*, *Música* y *La Muerte del dia*, si no las mejores, son muy agradables.

En *Fuego y Cenizas* hay, pues, de todo. Lo bueno y lo malo están mezclados, confundidos. El estilo es diverso. El tono unas veces es elevado y otras peca por su sencillez. Hay ideas preciosas bajo una forma inconcebible al lado de otras, que nada valen, expresadas en versos armoniosos y correctos. El deseo de la variedad de metros, de que debe usarse con suma cordura y á que el autor sacrifica bellezas de mayor monta, hace que muchas combinaciones resulten poco

agradables, como las de las baladas *Lontananza* y *La Niebla*.

No soy yo de los que posponen el fondo á la forma; creo que el fondo es lo principal, pero creo tambien que la buena forma es su mas bello atractivo.

Ladevese descuida la forma á sabiendas, porque cree con otros muchos que ese descuido hace realzar la belleza del pensamiento.

Esto no tiene pies ni cabeza. A ningun escultor se le ha ocurrido jamás hacer á una estatua una nariz deforme, para que esa deformidad haga resaltar la belleza de los ojos ó de la boca.

Créame el señor Ladevese, y en adelante haga mejores versos, puesto que en su mismo libro ha tenido alguna que otra vez *la debilidad* de probarnos que sabe hacerlos.

Estudie tambien, y lea, y compare; que si el poeta nace, el gusto se forma, y con él se desarrollan las naturales disposiciones.

Nada me resta que decir, sino dar la enhorabuena á mi buen amigo, aconsejar á mis lectores que lean el libro, en la seguridad de que su lectura ha de proporcionarles un buen rato, y... pedirles perdon por meterme en camisa de once varas.

CARLOS COELLO.

ALBUM POETICO.

ES EN VANO.

En vano de mis ojos vas huyendo:
aunque lejos de tí, yo te he de ver
en mi mente, en las brisas, en las flores,
en mis penas tambien!

No quieres que te vea, y he verte
en el recuerdo de tu amor fugaz,
que dentro de mi pecho, por ser tuyo,
no ha de morir jamás...!

Yo te he de ver en cuanto grande existe;
en las estrellas, en el cielo azul,
en las nubes de fuego, en la cascada;
que todo ésto eres tú...!

En el suave perfume de las auras
tu delicado aliento aspiraré;
en la flexible palma cimbradora
tu cintura he de ver...!

En la luz moribunda de la tarde
conseguiré tu sueño contemplar;
y en la alborada, que temblando asoma,
tu sonrisa ideal...!

En la huella del beso que me diste
he de ver tu mudable condicion,
porque dura la huella de aquel beso
mucho mas que tu amor...!

En el débil murmullo de la brisa
el eco de tu voz he de sentir;
y en la noche de estío, tu belleza
adoraré febril...!

En la yerba que oculta un precipicio
tus mentidos halagos miraré;
y en las olas deshechas en espuma
tus promesas de ayer...!

En la estatua de mármol de tu hueco
he de ver tu insensible corazon;
tu rigor en mis penas, y tus ojos
en el rayo de sol...!

No sigas, pues, huyendo de mi vista,
porque yo te he de ver, lejos de tí,
en la luz, en las flores, en el cielo,
en mis penas sin fin...!

RICARDO SEPÚLVEDA.

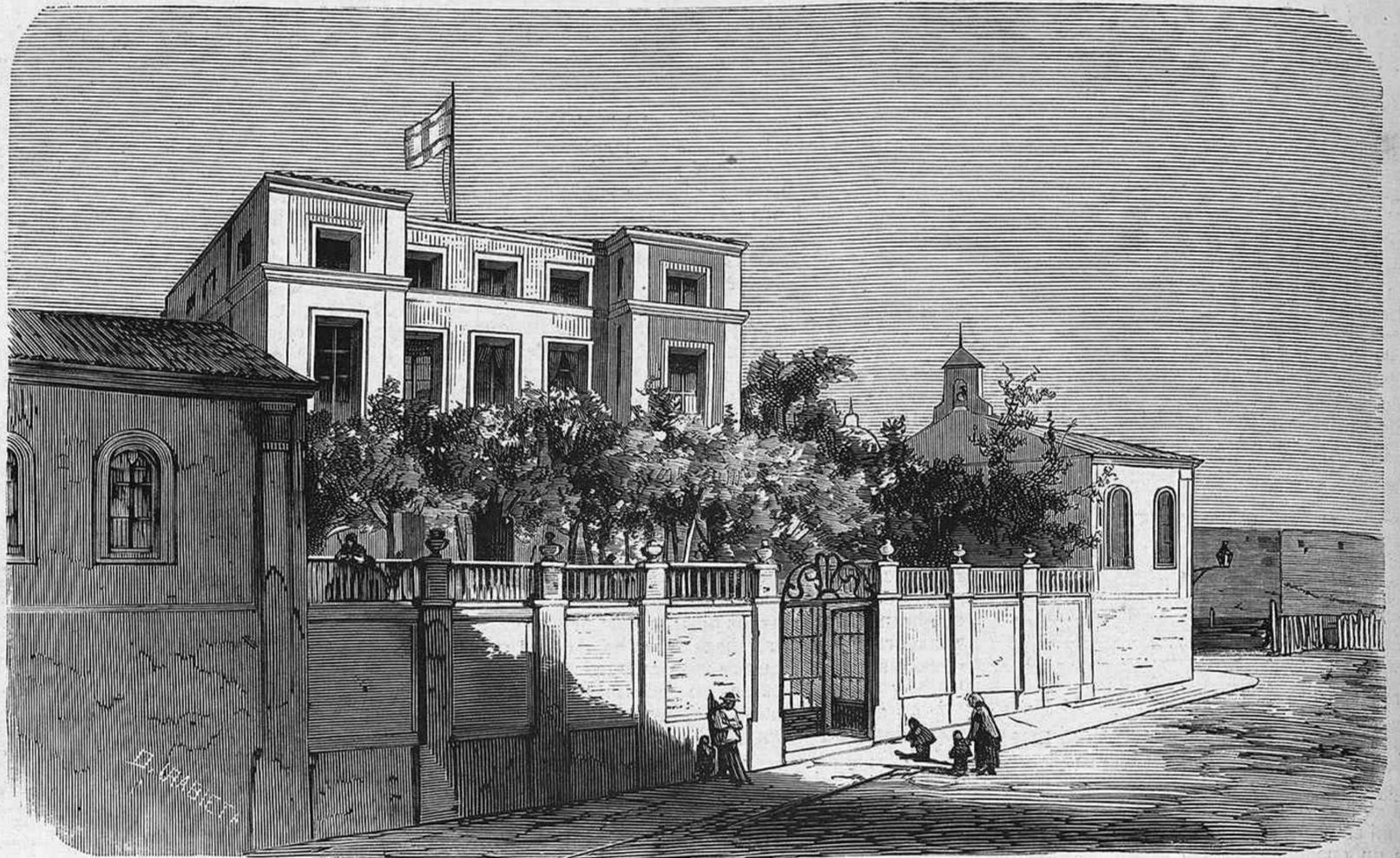
JUNTO A UN SEPULCRO.

Laisse l'enfant dormir et la mere pleurer.

V. HUGO.

Murmillos misteriosos, tranquilas auras ledas
que vais junto á las tumbas vagando sin cesar;
insectos jugueteros que al lado de las flores
meciéndolos dulcemente las alas agitais;
Canora filomena que, oculta entre los sauces,
elevas tus cantares del alba al despuntar;
arroyo que en tu lecho de musgo vas perdido
llorando eternamente, sin descansar jamás;
Marchitas hojas leves del árbol que os rechaza

(1) Véndese á 4 rs. en las librerías de Durán, San Martín y Escribano.



COLEGIO DE LA PURISIMA CONCEPCION.— EN EL BARRIO DE ARGÜELLES.

despues de haberle dado verdura sin igual;
ruído acompasado de la menuda lluvia,
monótono quejido del onda de la mar:

¡Callad! que en este asilo quietud todo respire,
cesad vuestros murmullos, los cánticos cesad;
jamás llegue á turbarse la paz de este sepulcro,
dejadla que ella duerma, dejadme á mí llorar!

F. TUSQUETS DE LA FORGE.

COLEGIO DE LA PURISIMA CONCEPCION.

Consecuentes con nuestra idea de dar á conocer todos los establecimientos mas notables del pais, de cualquier género que sean, con el objeto de patentizar sus adelantos y mejoras, reproducimos hoy el grabado que se publicó en el impreso hecho en las oficinas de EL MUSEO UNIVERSAL, distribuido gratuitamente el dia que se inauguró la iglesia del Buen Suceso, representando el Colegio de la Purísima Concepcion.

Este colegio fue el primer edificio construido en el barrio de Argüelles. Cuenta treinta y cinco años de

existencia, siendo el mas antiguo de la córte, exceptuadas las Escuelas Pias. Fue trasladado desde el local que ocupaba en la plaza de San Miguel, al que actualmente ocupa, en el año de 1860; pues deseando su Director, don Ramon Meana, que reuniese las condiciones de salubridad y estension, tan necesarias en establecimientos de esta clase, y no encontrando local á propósito, no vaciló un instante en construir un edificio *ad hoc*. El Director vió recompensados sus sacrificios, pues á los dos años escasos, fue tal el número de alumnos que concurrieron á su colegio, que no obstante ser el local sumamente capaz, ya no era suficiente para contener á todos aquellos. Animado el señor Meana por tan favorable acogida, y en su deseo de montar un establecimiento que compitiese con los mejores de su clase, construyó otro nuevo local próximo al antiguo, destinándole esclusivamente á la segunda enseñanza, y de esta manera consiguió establecer una division sumamente ventajosa entre los niños de corta edad y los mayores. Los dos edificios, que miden 40,000 piés y están rodeados de jardines, reúnen condiciones inmejorables, cátedras espaciosas,

dormitorios desahogados, magníficos gabinetes de Física é Historia natural, un bellissimo oratorio habilitado por Su Santidad para la celebracion de la misa, confesion, comunión y demás actos religiosos, un espacioso sitio para el recreo de los niños, gimnasio, y en fin, cuanto es necesario para la mejor educacion de los jóvenes.

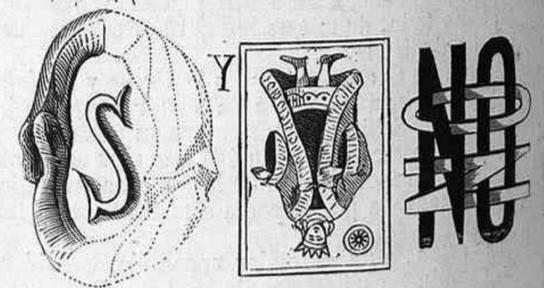
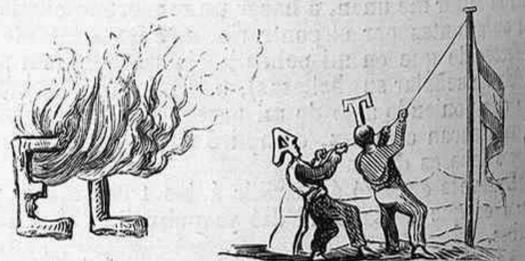
En él se da la enseñanza de los seis años de filosofía y clases preparatorias para todas las carreras.

En la actualidad asisten al colegio doscientos niños.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Un amigo bueno, es casi un hermano.



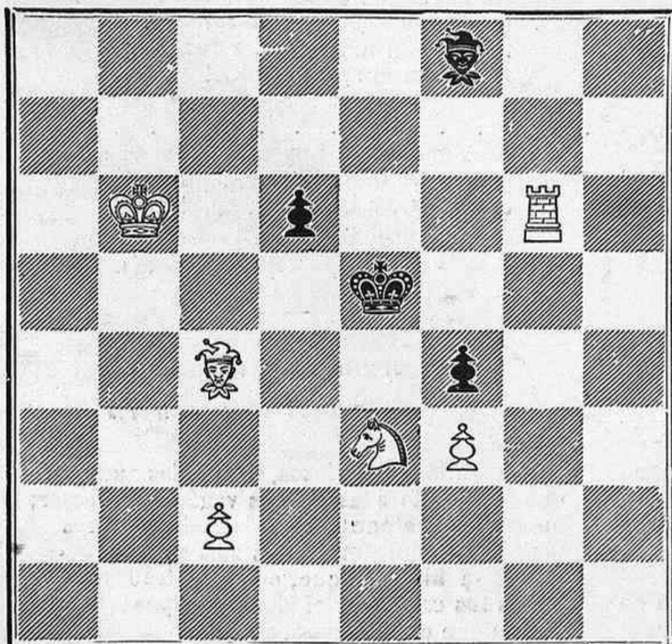
La solucion de éste en el número próximo.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 101,

POR R. C.

NEGROS.



BIANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 100.

B Blancos.

N Negros

- 1.ª C 3 R
- 2.ª C 6 R
- 3.ª P 3 A R jaq. mat.

(A)

- 1.ª Cualquiera.
- 2.ª R juega.
- 3.ª C 6 R jaq. mat.

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Martinez, S. Sanchez, S. Perez, J. Lopez, E. Canedo, M. Rivero, S. Barbot, B. Mier, F. Pastor, H. Sierra, J. J. Luxán, J. Gimenez, R. Canedo, J. Rex, P. Fernandez, S. Luna, I. Lorenzo, E. Florez, A. Salas, M. Morer, S. Ferrer, G. Dominguez, E. Castro, T. Sanz, A. Silva, J. Reyes, P. Ruiz, N. Celada, H. Rubio, de Madrid.—I. Aranda, de Valladolid.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ GASPÁR
IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.